

LOS SENTIDOS DEL PLACER



ope



ALFREDO ARACIL
Compositor

De banquetes extraordinarios



“A un señor púsole un paje en la mesa un plato con una cabezuela de cabrito, sin sesos, que se los comió en el camino. Preguntó al paje: ¿Cómo está esta cabeza sin sesos? Respondió: Señor, era músico”¹. Cuando encontramos juntos música y mantel en los relatos y costumbres del Renacimiento y el Barroco, el tono de este chiste recogido por Melchor de

Santa Cruz en su *Floresta española* no es, afortunadamente, el predominante; muy al contrario, los convites, banquetes y festines culinarios eran habitualmente entonces escenario, compañía o protagonistas de interesantes creaciones musicales y de extraordinarios ingenios. Recíprocamente, los banquetes fueron también elegidos con frecuencia por los escritores como marco para sus tramas o sus juegos de imaginación².

En *Hypnerotomachia Poliphili*, una de las más sofisticadas aventuras de finales del siglo XV, se detiene su autor en cada objeto, cada plato, cada sirviente, cada color, perfume y música de un exquisito banquete en el palacio de la reina Eleuterilida para describirnos su grandioso lujo. Se inició con un preparado medicinal, servido en mesa y vajilla de oro con mantel verde, y siguieron seis tablas más de manjares y un misterioso postre. Tras las de oro, la segunda tabla y vajilla eran de berilio, con mantel azul, y el plato, buñuelos dulces fritos con distintas clases de aceite (de azahar, de clavo, de jazmín, de benjuí...); la siguiente, de topacio, con mantel púrpura y, como manjar, trozos de capón con su grasa mezclada con agua de rosas, azafrán y zumo de naranja, cubiertos con hojas de oro y acompañados por barritas de pan blanco; la cuarta tabla y vajilla, de crisólito, mantel de raso amarillo y, para la boca, albóndigas de perdiz “*asada con rapidez*”, con una exquisita salsa de agraz, almendras con azúcar, almidón, sándalo amarillo, nuez moscada y agua de rosas; la quinta, de esmeralda, mantel de seda púrpura, y con faisán condimentado con huevos frescos con piñones, zumo de naranja y de granada, azúcar de Colossi (en la isla de Chipre) y cinamomo; la sexta, de zafiro, mantel de seda violeta y bocados de pechuga de pavo real con salsa “*muy verde y algo ácida*” de pistachos triturados, azúcar de Chipre, almidón, nuez moscada, tomillo, sérpil, orégano blanco y pimienta; la séptima tabla, que “*exhalaba un delicioso perfume*”, era de taracea de madera de áloe con marfil y pasta de almizcle y ámbar, la vajilla, de jacinto, el mantel, de tela blanca de Carysto, y los bocados, pasteles de pulpa de dátil con pistacho triturado en agua de rosas, azúcar y almizcle, mezclado todo con oro en

polvo; el postre eran unos dulces frutos desconocidos, servidos en un arbusto de coral, perlas y piedras preciosas. Cada plato venía acompañado por flores diferentes, que adornaban y aromatizaban el festín: violetas, flores de azahar, rosas (*"carneas o molochinas, blancas, rojas, moschetas, damascenas, teráfilas y giebedinas"*), lirios y narcisos, violetas, jazmines, ciclámenes y claveles.

Había además una pequeña orquesta de *"siete muchachas músicas, con dignísimas y preciosas vestiduras nifales, que a cada cambio de la mesa del banquete variaban sus melodías e instrumentos; y algunas de ellas cantaban suavemente con acentos como de sirenas y ángeles mientras se comía"*. Cada vez que el repostero retiraba un plato, la música instrumental comenzaba a sonar hasta que reaparecía con el siguiente, y *"de este modo ordenado se oían continuamente gratísimos sonos, se escuchaban encantadoras armonías, se aspiraban gratísimos aromas y se recibía gratísima saciedad al comer, y todas las cosas se convenían mutuamente para proporcionar un deleite al que nada faltaba"*³.

Quizá no tan delicados como éste, pero en cierto modo más espectaculares son los convites que Tirso de Molina nos presenta en sus *Cigarrales de Toledo*: una sucesión de juegos, distracciones y festejos que ilustran con generosidad la vertiente más lúdica de la vida social de su época. Al término del Cigarral Tercero, describe Tirso un banquete que, por su lujo y artificio, merece que nos detengamos en él. Transcurre en *"un estanque cristalino y espacioso, en cuya mitad estaba artificialmente dispuesta una isleta, adornada de variedad de flores y verduras, y en ella las mesas capaces para los convidados"*; cuando estos hubieron llegado a la isla, se levantó el puente por el que habían pasado y *"quedaron cercados de agua"*.

"Esperando estaban todo el modo con que les habían de servir los manjares", escribe Tirso, dado que *"no les parecía podían venir, sin mojarse, menos que volando"*. Pero, llegado el momento, *"sonando todas las diferencias de instrumentos bélicos que inventó la milicia, por las cuatro partes del cristalino estanque salieron, encima de sus ondas, cuatro aparadores en forma de pirámides de jaspes, pórfidos y mármoles"*; fueron colocados *"en proporción vistosa"* rodeando la isleta y, *"en afirmándose en sus sitios, comenzaron a disparar un ejército de artificiales fuegos"* que llenaron el aire de cometas; prosiguieron *"músicas pacíficas a sosegar el estrépito de las primeras"* mientras caían envueltos en llamas los cobertores de las pirámides, y quedaron los aparadores descubiertos: el primero con la vajilla, servilletas, etc., el segundo con los manjares principales, el tercero con los postres, frutas y conservas, y el cuarto con vasos, copas y *"cantimploras de nieve"* con licores, agua de canela y vinos. *"Cada una de estas máquinas –continúa el relato– echó, en llegando, un pasadizo adornado de varias yerbas y rosas, por donde salieron, con gusto y admiración de todos, gallardos pajes y gentilhombres"* para iniciar el servicio.

Duró tres horas el banquete, *"con todas las circunstancias que podían hacerle espléndido de manjares, instrumentos, poesías, motes y agudezas, hasta que fenecido, y levantadas las mesas con todos sus despojos, se cerraron las cuatro pirámides"*, llenando ahora *"de infinitos y menudos pajarillos"* el aire, *"las damas de ramilletes, y las aguas de peces"*. Los aparadores se sumergieron por el mismo lugar por el que cada uno había aparecido, y quedó despejada la isla y satisfechos los convidados⁴.

No sólo se dieron estos casos en la ficción; ni mucho menos. Los Banchetti de Cristoforo de Messisbugo ya nos ofrecían, años antes, una colección de crónicas fieles de festines y banquetes en los que a la exuberancia de los manjares se unía el más lujoso artificio, con música, ingenio y escenografías fascinantes. En la descripción de la cena ofrecida para más de un centenar de comensales por Ercole II d'Este en Ferrara, el 24 de enero de 1529, tras la representación de *La Cassaria* de Ariosto, encontramos, junto a multitud de entrantes, platos, bebidas y postres, grandes figuras de azúcar *"cuyo tamaño era superior a dos palmos y medio cada una, doradas y pintadas con coloridos que parecían naturales"*, que representaban algunos de los trabajos de Hércules, un dios Marte, un Saturno, una Venus, un Cupido y una figura de Eva.

La relación de platos y músicas de acompañamiento es tan prolija como asombrosa para un lector de hoy: desde el pastel de alcaparras, trufas y uvas pasas o las lonchas de *"jamón de lengua de vaca"* salada y *sommate* fritos, con azúcar y canela espolvoreada, con que se iniciaron los entrantes hasta las ostras, acompañadas con naranja y pimienta, nata montada, *zaldoni* y merengue, del octavo y último plato, leemos en la relación más de ochenta bocados exquisitos.

Vinieron después los dulces y, tras ellos, *"un gran pastel relleno, dorado, en el cual se había puesto una lista de los nombres de todos los comensales, cadenas, collares, pendientes, adornos para los sombreros y un collar de 50 escudos; todas estas cosas se valoraron en 250 escudos de oro y su excelencia los echó a suertes"*.

Con el primer plato se cantó música de Alfonso della Viola, maestro de capilla en la corte de Ercole II, acompañada por violas de arco, clave láud y flautas; con el segundo, *"cuatro voces dulcísimas cantaron diversos madrigales"*; con el tercero se cantaron *"diálogos a ocho"*, en dos coros de cuatro voces con instrumentos cada uno; con el cuarto volvieron a escucharse páginas vocales de Della Viola; con el quinto sonó música instrumental, con cinco trombones y una corneta; con el sexto, *"canciones y madrigales bellisimos a la pavana"*, a cargo de seis hombres y dos mujeres, que se paseaban alrededor de la mesa *"discutiendo entre sí de asuntos campesinos"*; con el sexto, *un espectáculo con bufones a la veneciana y a la bergamasca y aldeanos a la pavana*; con el octavo, música con dos dulzainas, un

cromorno, un cometo grande y un trombón; con los postres, un quinteto vocal con violas, *"un instrumento de púa, una flauta grande, una lira, un trombón y una flauta al estilo alemán"*, y mientras tuvo lugar la rifa, cuatro flautas *"al estilo alemán"*; una vez terminada ésta se tocaron las trompetas, se quitó la mesa y acondicionó la sala, y a las ocho y media de la noche, *"al son del pífano"* volvieron todos a la sala a bailar y allí siguieron hasta el amanecer⁵.

De también lujosos banquetes estuvo jalonado el viaje del príncipe Felipe -futuro rey Felipe II- en 1549 a los Países Bajos y algunas importantes ciudades italianas, y ninguno con la espectacularidad y artificio del que en Binche preparó para él y su padre el Emperador la Reina María de Hungría en una *"cámara encantada"*, al decir del cronista Calvete de Estrella: una estancia baja *"muy bien aderezada de rica tapicería"*, cuya techumbre *"era como un natural cielo por una parte con nubes y vientos, que las soplaban, y por la otra lleno de estrellas"*; bajo el cielo nublado había cuatro columnas de jaspe y, entre ellas, *"encajada con gran arte en el suelo, una arca abierta, secreta y jaspeada"*, y de lo alto, junto a las columnas, colgaban de unas poleas unas cuerdas *tan sutilmente, que no se vían, ni se entendía el secreto dellas*. Una vez todos acomodados, *súbitamente, se revolvió el cielo y comenzó a tronar y relampaguear tan naturalmente, que quitaba la vista, y granizaba muchos y muy buenos confites, y llovía aguas de azahar, de rosas y de preciosísimos olores, y con aquella tempestad y relámpagos y truenos vieron bajar una mesa del cielo (...), y la mesa pareció adornada de ricas telas, con muchos y diversos platos de porcelana, con todo género de conservas, de cuantas maneras imaginarse podían*. Cuando éstas fueron *"comidas y saqueadas por las damas"*, desapareció súbitamente la mesa y en un momento volvió a *"turbarse el cielo con tan grandes truenos y relámpagos, que parecía cosa de encantamiento, y a llover y granizar convites como de primero, y con aquella tempestad bajó del cielo otra mesa, con muchos platos y tazas de vidrio, llenos de todo género de confituras, suplicaciones de diversas colores y otras mil suertes de confecciones, todas blancas..."*; también desapareció ésta y bajó una tercera, que además de otros platos traía *"una peña de azúcar candi sutilísimamente labrada con cinco árboles de laurel en ella, que tenían las hojas doradas y plateadas, y llenos de frutas de azúcar y de banderillas con escudos de las armas de todos aquellos estados, hechas de seda de diversa color, y en el de en medio una ardilla, viva atada con una cadenilla de plata"*. Los vinos, excelentes y tan abundantes como se quiera imaginar, manaban como *"lenguas coloradas"* de cuatro cabezas de culebras con cuellos dorados y verdes y de una roca marina, cerca de la mesa, *con muchos ramos de coral, hierbas y flores por ella nacidas, y muchas lagartijas, galápagos, serpientes y otras cosas que naturalmente en peñas se crían"*.

También en Binche, unos días antes, el Príncipe había tenido ocasión de vivir y salir victorioso de una historia de caballería a imitación de las de Amadís, con una espada encantada, un castillo tenebroso, desafíos, tormenta artificial y un largo etcétera que prolongó la aventura durante dos jornadas. Importantes artistas, hoy

conocidos casi exclusivamente por sus cuadros, esculturas, sus escritos o su arquitectura, estaban frecuentemente a cargo del diseño y organización de este tipo de festejos. Pensemos en los ingenios de Leonardo para Ludovico el Moro en Milán o para Francisco I en París. Arcimboldo puso también su agudísimo ingenio al servicio de las fiestas y entretenimientos imperiales de Rodolfo II, diseñando máscaras y trajes para representaciones teatrales y esparcimientos de todo tipo. Buontalenti convirtió en fascinantes espectáculos de magia los festejos del Palazzo Pitti o Pratolino. Cosme Lotti, discípulo suyo, vino a España por su fama como fontanero y acabó organizando también brillantes fiestas y espectáculos teatrales para Felipe IV.

Es en estos festejos donde vemos frecuentemente manifestarse la complejidad cultural de la época en todas sus dimensiones. Un reino de lo efímero y lo excepcional, del artificio y muchas veces la extravagancia, donde músicos y cocineros jugaron un papel imprescindible.

notas

1. Melchor de Santa Cruz: *Floresta española de apothegmas o sentencias sabia y graciosamente dichas de algunos españoles*, Toledo, por Francisco de Guzmán, 1574. Ed. de M. Cabañas, Madrid, Cátedra, 1996, p. 239.

2. Ver Alfredo Aracil: *Juego y artificio. Autoformas y otras ficciones del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 235 y siguientes.

3. Francesco Colonna [atrib.]: *Polyphili Hyperotomachia...*, Venecia, por Aldo Manuzio, 1499. Trad. y ed. de P. Pedraza: *Sueño de Polifilo*, Murcia, Yerba / Col. Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1981, vol. II, p. 90-101.

4. Tirso de Molina: *Cigarrales de Toledo*. Iª parte, Madrid, por Luis Sánchez, 1624. Ed. de L. Vázquez Fernández, Madrid, Castalia, 1996, p. 426-428.

5. Cristóforo Messisbughi: *Banchetti, compositioni di vivande et apparecchio generale*, Ferrara, por Giovanni de Buglhat & Antonio Hucher, 1549. Cit. en C. Gallico, *L'età dell'Umanesimo e del Rinascimento*, Turín, EDT, 1978; trad. española: *La época del humanismo y del Renacimiento*, Madrid, Turner, 1986, p. 104-110

6. Juan Cristóbal Calvete de Estrella: *El Felicissimo Viaje d'el muy Alto y muy Poderoso Príncipe Don Phelippe, Hijo d'el Emperador Don Carlos Quinto Maximo, desde España à sus tierras de la baxa Alemaña...*, Amberes, por Martín Nucio, 1552. Ed. de la Soc. de Bibliófilos Españoles, Madrid, Aldus, 1980, vol. II, p. 67-69. Describe también el banquete Jerónimo Cabanillas en su *Relación ... de las grandes fiestas que la Serenissima Reyna doña Maria ha hecho al Príncipe ... en Flandes en un lugar que se dize Vince...*, Medina del Campo, por Juan Rodríguez, 1549.